

Perros de azotea

Martín Palomino Fernández



Capítulo 1

1.

Lo que me daba miedo de la soledad no era la propia soledad. Me daba miedo el hecho de que llegara a acostumbrarme a ella. Tal vez llegaría el momento el que yo viera la sociedad como un lugar en el que comprar el pan y consumir las series, películas y libros que otros producían para matar el tiempo libre. Cada mañana al despertar me decía que ese día lo dejaría todo y viviría el momento. Al acostarme, me convencía de que lo haría al día siguiente. Era hipocondríaco y por lo general no me gustaban las emociones fuertes, por lo que lo de vivir el momento no casaba mucho con mi actitud ante la vida. Aparte de hipocondríaco era diseñador de interiores, y aparte de diseñador de interiores, daltónico. Hasta entonces la gente con la que trabajaba no lo había notado mucho. Me había especializado en combinar el blanco y el negro, colores que si controlaba. Convertía las habitaciones en un tablero de ajedrez, pero en lugar de casillas, cómodas, armarios y electrodomésticos. Era una seña de identidad y eso me había dicho la jefa de la agencia donde hice las prácticas que era lo más importante: diferenciarte del resto. Ser heterosexual en una agencia de diseño y tener un hermano en la cárcel también me ayudaban a conseguir eso.

Era jueves y era un día largo. No por trabajo, ya que solo iba por la mañana a ultimar algunos proyectos en los que estaba inmerso. Era largo porque era el día de comer con mi madre y después quedaba con Ada, una mujer de cuarenta y ocho años que se había encaprichado de mí y que deseaba recuperar una juventud que cada vez era menos presente y más recuerdo.

Mi madre era uno de los socios principales de un importante bufete de abogados por lo que las comidas transcurrían en un difícil equilibrio entre hablar conmigo y responder multitud de llamadas de su despacho, a cada cual más urgente. "Si, es interes... espera un momento cariño, que esto es importante... Te he dicho mil veces que el café que queremos para la máquina es colombiano y además. Compra cápsulas de expresso por favor... si hijo, que me decías..." y así en un bucle infinito. Ese día no fue diferente. Con mi madre solo comía uno de los tres platos. Aquel día tocó el entrante, después la llamaron para saber que hacer con el caso de un político que había malversado fondos y hacía tiempo que el agua ya le había cubierto el cuello. Tras el café, que me lo tomé solo, en todos los sentidos, me di un paseo por las calles cercanas a la casa de Ada. Siempre me había gustado esa zona. Muy regia, pero sin perder un tono ciertamente moderno. Era una arquitectura de estilo clásico pero que había pasado por un filtro de Instagram.

Con Ada vivía una historia de cliché. Yo desesperadamente buscaba enamorarme y si fuera posible que la persona de la que me había enamorado, también lo hiciera de mí pero por ahora tenía a Ada. Ada era una mujer rica porque sus padres eran ricos. Ella pasaba largas temporadas sola por los negocios internacionales de su marido y la relación con su interiorista se había tornado tórrida por la soledad a la que estaba sometida. Muchos creen que la vida de la gente rica es sencilla y puede que si que lo sea, pero los días que viven tienen más horas que los del resto del mundo. Las conversaciones son lo más superficial que uno pueda imaginar, porque en esas reuniones todos tienen los mismos intereses, marcan las mismas distancias y hablan de los mismos temas. Por otro lado no sufren la siempre estimulante alienación del trabajo con la que durante ocho horas diarias no te permite a pensar en el suicidio. Solo cuando llegas a casa y estás demasiado cansado como para ejecutar cualquier plan de auto exterminio.

Ya eran las seis de la tarde, cuando subí a su casa. La escalera de caracol, hecha de mármol era muy elegante. Yo el mármol siempre lo defendía, principalmente porque habitualmente era blanco y venía bien para mi pequeño problema visual. Siempre que entraba en aquella casa sentía que las estancias eran una extensión de mí mismo, pues yo había diseñado todo aquello, e incluso había mezclado algunos colores y texturas (pidiendo consejo a mis amigos cercanos para no poner rosa y rojo juntos en la habitación de los niños). Ada llevaba un albornoz de cachemir y debajo un conjunto de lencería que habría llevado al psiquiátrico a más de uno. Era una mujer racial, del tipo de Lola Flores o Carmen Sevilla en las películas que me ponían mis abuelos en La 2 por las tardes. Se había puesto pecho. Todas las mañanas hacía pilates y estiramientos. Siempre había pensado en gastarle la broma de si también los hacía con su cara porque la tenía tersa como una veinteañera, pero supongo que se ofendería.

Cuando teníamos sexo solo había una regla: nada de besos. Ella no quería nada emocional porque tenía miedo a enamorarse de un pobre y vivir una historia como la de Romeo y Julieta. Pese al trabajo de mi madre, no me consideraba de su misma clase y en esa burbuja paralela de la sociedad, el concepto divorcio aún no estaba bien visto, pese a la pátina de modernidad que muchos se daban. Las relaciones abiertas no existían ni para ir a dos peluquerías a la vez. La fidelidad se valoraba mucho, o por lo menos fingir que la había.

Esa tarde flaqueé y la besé cuando los dos habíamos acabado. Fue un arrebató del momento. No sentía que estuviera enamorado pero los sentimientos para mí eran como los colores. Los confundía. Ella me pidió amablemente que me vistiera y me fuera de su casa para no volver. Sabía que en dos días me llamaría, pero en ese momento se puso su albornoz de dignidad y me dijo—León, León, esto es un entretenimiento cariñoso. No soy tu novia. ¿Cómo decís vosotros?, ¿follamigos?, pues eso, aunque

tampoco somos amigos—. No respondí, simplemente me marché. Ya era de noche cuando salí de su casa. No me apetecía coger el metro así que paseé. Siempre he pensado que en los paseos pasan cosas que pueden cambiar la vida de uno. Después de casi una hora andando, medio perdido y teniendo que mirar en el móvil la ruta de vuelta a mi casa me di cuenta de que ese día lo único que cambiaría es que iba a tener agujetas en los gemelos a la mañana siguiente.

Capítulo 2

2.

Vibrante, formal, caótico, innovador. Todas estas palabras acompañaban habitualmente al trabajo de un diseñador cuando se reunía con sus clientes. Eran lugares comunes que hacían sentir a las personas que los utilizaban muy inteligentes y que estaban dando las pistas necesarias para que el profesional en cuestión supiera perfectamente lo que querían para la estancia. Como ellos tampoco solían tener mucha idea de a lo que se referían al final se conformaban con casi cualquier cosa que no fuera excesivamente hortera ni que pareciera un santuario.

Pero hoy no era un día como los demás. Una productora pornográfica había contactado con nuestra agencia porque querían modificar sus escenarios. La mayor parte de los miembros eran totalmente contrarios a esa industria que explotaba de manera sistemática a las mujeres y todo aquel discurso que se disolvía como azucarillo en café en cuanto había dinero de por medio, así que me tocó acercarme al piso donde se grababan las diferentes escenas y una vez allí dos hombres muy hospitalarios me hicieron un tour. Habían vaciado de muebles todas las habitaciones y querían conseguir ambientes para diferentes tipos de públicos. Tenían pensado hacer una sitcom porno donde el final de los capítulos fuera sexo desenfrenado y en el final de la temporada una gran orgía. Yo tenía suficientes detalles e intenté dejar de escuchar todos los matices que me fueron dando, los diferentes nombres e incluso su raza y edad, como si a quienes fuera a decorar fuera a los propios actores. Los dos hombres que debían ser los dueños de la productora se justificaron diciendo que quizá necesitaría esos datos para saber con que muebles pegaba cada uno de ellos. Me tranquilizó que solo iba a haber blancos y negros, mis colores predilectos para combinar, y que no meterían elementos de ficción como duendes verdes o pitufos azules. Por lo menos en la primera temporada.

Cuando me iba a ir alguien llamó a la puerta. –Lara, te has adelantado. No grabas hasta la una y además es en el otro piso que este lo reformamos. Te lo puse en un mensaje—dijo uno de ellos. Déjame subir, que me hago pis se oyó desde el interfono. El hombre suspiró y me miró encogiéndose de hombros—Mujeres—concluyó. Yo hasta ese momento no sabía que hacerse pis era algo exclusivo de las mujeres, pero asentí respetuosamente para irme de allí cuanto antes. Cuando la tal Lara apareció por la puerta me quedé absolutamente prendado de ella. Sé que dentro del mundo del cine adulto hay muchos tipos de personas, pero ella no encajaba en ninguno. Parecía salida de otro plano. –Este es León, decorador de interiores y próximo...no me sé ningún decorador de

interiores famoso, lo siento—dijo el mismo hombre que antes había contestado por el telefonillo—va a dejar esto irreconocible—. La mujer me examinó de arriba abajo. Sentí que ni mis huesos estaban protegidos. –Yo tengo un interior bonito, por si lo quieres decorar—respondió ella. Yo intenté empezar una frase pero quedó en un penoso tartamudeo. –Como si no te lo hubiera visto en los vídeos—dijo el que hasta entonces había estado callado y que provocó las risas de los demás. –Un placer León—concluyó ella haciendo un gesto de rugido. Yo no sabía que responder así que me marché de allí después de decirles que haría un proyecto y un presupuesto y los llamaría la semana siguiente. Eché un último vistazo para ver si veía a Lara pero ya se había perdido por el fondo de la casa.

Por la tarde no estuve especialmente centrado en el trabajo. En cada idea que anotaba en una libreta o sobre el plano de aquella casa aparecía ella mirándome con interés científico, como cuando pruebas darle un trago de ginebra a un hámster y esperas a que reaccione (esto lo sabía por amigos míos que dejaron de serlo inmediatamente después de contarme que lo habían hecho...). No sabía decir si me había enamorado. Mi experiencia hasta ese momento con el amor había sido una relación para olvidar con una chica durante mi etapa universitaria, que acabó siendo tan tóxica que nos planteamos ponernos una orden de alejamiento mutua para no volver a quedar, porque era algo que hacíamos casi todos los meses; dejarlo y volver para dejarlo y volver después. Por otro lado estaba mi actual pseudorelación con Ada, que no era más que sexo y a veces tomar una cerveza en su cocina antes o después de acostarnos, que era la parte indispensable para ella. Si quedásemos un día y solo charláramos pensaría que puede haber un mínimo atisbo de amor y ahí sí que trataría de no volver a verme.

Al salir de trabajar esquivé un par de proposiciones de compañeros que querían invitarme a una cerveza y que les contara como era diseñar para la demoníaca industria pornográfica. Me darían tres o cuatro discursos anticapitalistas mientras fotografiaban una cerveza artesana con un móvil de ochocientos euros en un bar de luces trémulas y personas pretenciosas. Me fui a casa, pero decidí pasar por el bazar que estaba en mi calle para comprar unos fideos instantáneos, de esos que se hacían con un poco de agua y microondas. Una de las mejores aportaciones de la cultura asiática, junto con el gato de escayola y Tik Tok.

El establecimiento estaba en un denso silencio. Cuando entré no alcanzaba a ver el mostrador porque estaba en un recoveco donde solía haber siempre un niño viendo una televisión prehistórica. Iba a girar para poder enfocar toda la tienda cuando noté que una mano me agarraba y me empujaba contra el fondo del local. Choqué con un estante de patatas y noté que algo se me clavaba. Seguro que era algún snack de pan de pipas que tenían fisonomía de arma blanca. Intenté darme la vuelta pero

una voz me dijo—ni se te ocurra—. Yo quería gritar, pero no lo vi viable. Era tarde, mi calle no era de las más concurridas y lo único que habría atraído habría sido a la muerte a manos de un ladrón o lo que fuera que no parecía excesivamente despierto ni experimentado. Le temblaba la mano mientras me empujaba y la voz, aunque intentaba que fuera grave y cavernosa, de vez en cuando flaqueaba. Dos chinos, o asiáticos simplemente porque no quiero caer en la superioridad occidental de considerar chinos a todos con los ojos rasgados, me reconocieron y me miraron asustados.

Al ponerme frente al villano, corroboré que este era su primer atraco. Llevaba una media maternal en la cabeza, un cuchillo de cocina, con los que se corta jamón pero que te puede atravesar como a un espeto y una chaqueta de cuero que le quedaba demasiado pequeña. Parecía que había salido de una fiesta de moteros y drag Queens. Yo nunca había pegado a nadie pero pensé muy rápido. Si conseguía darle en la nariz antes de sentarme junto a los otros dos, podía aturdirlo. El cuchillo era lo que me paralizaba, pero algo dentro de mí se despertó, como ese dragón dormido del que hablan los samuráis y le pegué intentando desviar el cuchillo. Sentía como si fuera una película de Vin Diesel y Lara estuviera allí y quisiera impresionarla. Por desgracia no todo salió como esperaba y me rajó parte del abdomen con un movimiento reflejo después del puñetazo que no había previsto. Noté un latigazo que me cegó de dolor. Oí pasos alejándose, seguramente del ladrón asustado. Empecé a ver salir sangre a través de mi camiseta de Versace que me había costado 150 euros y es curioso como reacciona el cuerpo humano cuando pierde gran parte de la consciencia. Lo único que me preocupó antes de caer desmayado es saber si la sangre saltaba bien y si mi abuela me la podría coser, porque el mes que me la había comprado había tenido que comer mucho arroz con pollo para que las cuentas me cuadraran y no tuviera pedir dinero a mi madre.

Una ambulancia a lo lejos recibía un aviso. Yo ya no escuché las sirenas, pero las sentí. Las de los marineros. Me cantaban una dulce melodía para que fuera con ellas al fondo de un charco. “Los recortes también han llegado al mundo marino”, pensé.